

¿Qué podemos esperar de los

JAVIER GRIEN DOCAMPO. Ingeniero Agrónomo

Aunque se ha gastado ya mucha tinta sobre el denominado «enigma del GATT», permítannos hacer una aportación más, desde una óptica quizá distinta.

Una de las reseñas que, en fechas ya pasadas, publicaba un diario de tirada nacional es lo suficientemente elocuente para iniciar el tema.

Al hablar de la firma, el mes de marzo, en Marraquech del tan deseado acuerdo de la Ronda de Uruguay, el secretario general del GATT, Peter Sutherland, manifestó algo así como una verdad en tres fases:

En primer lugar dijo, «estoy tan contento que me siento con ganas de bailar encima de la mesa». A continuación manifestó: «todos ganamos y ninguno pierde». Y como final dijo: «pese al acuerdo hay todavía mucho trabajo por delante para hacer realidad esta liberación».

Analicemos, aunque sea someramente, estos tres comentarios.

De la primera aseveración, en la que manifiesta sus ganas de bailar encima de la mesa, no nos queda la menor duda. Después de 7 largos años de negociación es totalmente comprensible la alegría del Sr. Sutherland, aunque eso sí, nos queda la duda de saber qué tipo de composición musical bailarían, si una de origen europeo o por el contrario alguna canción «country» americana.

La segunda aseveración en la que manifiesta que todos ganamos y ninguno pierde, nos crea alguna reserva de tipo conceptual. No es fácil que en una negociación no exista un vencedor y un vencido; aunque habría que decir que quizás esos términos deberían reservarse para las batallas y no para las negociaciones. En todo caso, asumiendo que ha habido concesiones por las dos partes, es preciso asumir también que el balance global debe, insisto «debe», de ser positivo para todos.

No hay que ocultar que nos quedan algunas reticencias, pero pensamos que el tiempo dará la razón a estos acuerdos, aunque eso sí, y aquí entra la tercera aseveración del Sr. Sutherland, hay todavía mucho trabajo por hacer.

Sin duda es ésta la aseveración más lograda, y nos recuerda a aquel vocablo tan manejado después de la firma de adhesión a la hoy denominada Unión Europea, los tan manipulados «flecós», flecos que hoy, ocho años después, sabemos valorar ya mucho mejor y en todos sus múltiples matices.

Retomando el tema desde el principio y con una visión global creemos que todos estaremos de acuerdo en que los beneficios (que los habrá) del éxito de la Ronda, se repartirán

entre una multitud de sectores, mientras que las consecuencias negativas (que también las habrá) se van a concentrar en unos pocos sectores, pero que además van a resultar ser los más sensibles desde el punto de vista político y «los de siempre», desde el punto de vista económico.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo del acuerdo es preciso contemplar cuatro aspectos básicos:

- a) Las medidas de apertura de los mercados.
- b) Los acuerdos sobre dumping y subvenciones, así como el reparto de los mercados.
- c) El entorno del comercio de los servicios y de la propiedad intelectual.
- d) Los temas básicamente institucionales.

”

No deja de ser paradójico que una PAC que surgió con una componente proteccionista tenga ahora que dismantelar su sistema y entrar en la dinámica del libre mercado

Todos ellos se podrían resumir en el eterno, y ya casi resuelto, debate entre los que propugnan un «libre comercio» y los que siguen aferrados (pocos ya) al «proteccionismo» económico. Debate por otra parte un tanto maniqueo, puesto que entre esos dos planteamientos existen una multitud de matices intermedios que son los que mejor reflejan la realidad.

Lo que sí se puede asegurar es que con la conclusión de la Ronda de Uruguay, se cierra (más o menos) un sistema de producción y comercialización que viene funcionando desde hace mucho tiempo, y que en lo que a Europa y su agricultura se refiere, ha durado cuarenta años y que además propició que la agricultura fuese el eje central de las políticas sectoriales comunitarias.

En ese sentido no deja de ser paradójico que una PAC, que surgió con una componente proteccionista fuerte para enfrentarse a la más productiva agricultura americana, tenga ahora que dismantelar poco a poco todo su sistema y entrar en la dinámica del libre mercado, para la que algunos albergan dudas de que esté preparada.

Asumiendo las aseveraciones del Banco Mundial, en base a lo que se espera que sean crecimientos del PIB superiores al 1% en la Unión Europea, del 0,2% en USA, del 0,8% en Japón y superiores al 2,5% en los países de Asia y algunos de América, nuestra sensación debería de ser de lo más optimista, no obstante quedan algunas preguntas por clarificar.

¿Cómo van a repercutir los acuerdos del NAFTA entre los tres grandes países norteamericanos? Pensemos que se está constituyendo en América del Norte un mercado más fuerte aún, tanto en cantidad como en poder adquisitivo, que el de la Unión Europea.

acuerdos del GATT?

Por otra parte, ¿cómo va a evolucionar Mercosur, y qué sucederá con el Bloque Andino?... Sólo el tiempo lo irá clarificando, aunque existen ya resultados concretos, y sino que se lo pregunten a los productores de plátanos, a los de flor cortada, clavel en particular, o incluso a los productores de madera y de vino.

Aunque seamos conscientes de que estamos inmersos en el entramado agroindustrial, no se nos olvida que antes de nada somos ciudadanos y consumidores de todo tipo de bienes. Desde esa óptica y como consecuencia del acuerdo del GATT, en fechas próximas deberemos pagar menos el azúcar, los equipos de música, los teléfonos móviles, las flores, el zumo de naranja y hasta los medicamentos. Y todas estas circunstancias las vivirán también los argentinos, los neozelandeses, los belgas o los tunecinos.

Como técnicos asumimos que la situación óptima gira en torno al libre comercio, pero indudablemente con matices, y con muchos matices. No se nos oculta que no es nada fácil dismantelar, aunque sea a lo largo de 10 años, la maraña de subvenciones, de precios intervenidos, de contingentes, y en suma de proteccionismo que a lo largo de los años hemos ido montando entre todos, y que (no olvidemos) para el consumidor han tenido y tienen un coste elevadísimo. En este sentido el debate está servido y las opiniones son para todos los gustos.

Limitándonos exclusivamente al ámbito agrario, y no hay que olvidar que el sistema agroalimentario supone más del 10% del Producto Interior Bruto español, es cierto que la agricultura actual europea tiene un coste excesivamente oneroso para los presupuestos nacionales.

Es cierto también que el paquete agrícola del GATT pone en peligro la continuidad de muchas explotaciones agrarias, por razones exclusivas de falta de competitividad; es cierto que la preferencia comunitaria ha muerto, ... pero es cierto también que los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea se comprometieron a que las rentas de los agricultores comunitarios no se verán afectadas por el citado acuerdo.

Lo que sucede es que ellos mismos también se han comprometido a no superar el techo presupuestario que se pactó en Edimburgo; tenemos por otra parte la cláusula de paz, asumida en el acuerdo y que de alguna forma supone un cierto continuismo en los próximos años. ¿Y cómo se articula todo eso?

En un intento pragmático de sintetización tendríamos que decir que:

- Considerando que la polémica librecomercio-proteccionismo es una de las que tienen raíces históricas más profundas.
- Asumiendo que la Unión Europea es el primer exportador mundial, dentro de los llamados países de la «tríada», Estados Unidos, Japón y UE, que acaparan el 76% del comercio mundial.
- Afirmando que la disminución de los aranceles contemplada en el acuerdo, propiciará una reducción en los precios de los productos afectados, con la consiguiente equiparación a los que hoy rigen en el Mercado Mundial.

Hay que pensar que, en general, el acuerdo del GATT deberá de ser positivo, o por lo menos tiene posibilidades de serlo para las empresas en general (explotaciones agropecuarias e industrias agroalimentarias incluidas) para las empresas, repito, «más competitivas y dinámicas», preparadas y eficientes. Lo malo es que no se nos oculta que la mayoría de las explotaciones españolas no se encuentran en esa categoría.

Hay que ser conscientes de que se acaban los precios de garantía y las compras de producciones excedentarias, pasando a ser reguladas únicamente por el mercado.

Hay que ser conscientes también de que las grandes multinacionales, al disminuir el control sobre los capitales, podrán buscar mano de obra barata, materias primas a bajo precio, instalándose y vendiendo después en los mercados con consumidores de rentas en alza.

Pues aún así, el futuro agrario de Europa en general y de España en particular, si lo basamos en una explotación familiar profesional y preparada, y si nos especializamos en los productos que nuestro clima propicia, no deberá de pasar ni apuros ni estrecheces, aunque eso sí, una etapa de fuerte y riguroso acoplamiento y adaptación.

Únicamente quedan dos grandes dudas:

- Si nuestro grado de organización, sobre todo el comercial, nos permitirá adecuarnos a los nuevos tiempos, y
- qué pasará si se acomete un cierto dismantelamiento de los sistemas productivos actuales, ante un cambio de tendencia en los mercados.

Dudas que para nuestra propia tranquilidad exigirían una nueva reforma de la PAC, que deberá de prever una fuerte reorganización reestructural y sobre todo la puesta en marcha de mecanismos que permitan la recuperación de las producciones, en especial la láctea, si las circunstancias del mercado, en algún momento determinado, así lo recomendarían. ■

